

## *DARWINIAN ARCHAEOLOGIES*

Editado por Herbert Donald Graham Maschner, Plenum Press, New York. 1996. 261 páginas.

En el Prólogo de este libro Stephen Shennan sostiene que parte del rechazo que sufren los acercamientos darwinistas se basa en una percepción errónea de los mismos, que los considera como generadores de modelos que ignoran las estrategias sociales o la toma individual de decisiones. Shennan aclara que el rechazo se fundamenta en el desconocimiento, pues estos temas son centrales en una arqueología darwiniana. Lo que no aclara Shennan es que no disponemos de una metodología adecuada para desarrollar ese programa. Mucho menos existe un acuerdo sobre cómo se debería trabajar con el registro arqueológico. Este libro refleja este último problema.

Hay una gran variedad de posiciones representadas en este libro. Un ensayo introductorio a cargo de Herbert D.G. Maschner y Steven Mithen busca poner algún orden, objetivo que logran solo parcialmente.

Hay cuatro capítulos sobre seleccionismo. Michael O'Brien representa en el suyo a una importante tendencia dentro del seleccionismo, la que ve a los artefactos como la parte dura del fenotipo. El contenido de este capítulo se superpone con numerosos trabajos recientes del mismo autor (cf. O'Brien 1996), y realmente aporta poco nuevo.

El capítulo de Alysia L. Abbott, Robert D. Leonard y George T. Jones, una variante dentro del seleccionismo, es la gran decepción del libro. Su título, "Explicando el cambio desde la tecnología de bifaces a la de lascas", prometía una preocupación por el registro arqueológico francamente faltante en el resto del libro. Pero esta expectativa no se cumple. El énfasis está puesto en mostrar que la explicación dada por Parry y Kelly (1987) para ese cambio en Norte América, no sirve. Estos autores sostienen que se relaciona con un cambio desde una tecnología conservada a una más expeditiva. en el

contexto de un incremento del sedentarismo. Para Abbott *et al.* los cambios descriptos son el resultado de agentes selectivos que actúan sobre la producción agrícola, en lugar de sobre las tecnologías líticas. Aparentemente lo que hacen es cambiar el nivel en el que se identifican las causas, lo que básicamente no invalida el análisis de Parry y Kelly. En favor de estos últimos permanece su preocupación por plantear una discusión con hipótesis contrastables, mientras que el esquema de Abbott *et al.*, aunque un poco más preciso en lo que hace a causalidad, no las presenta.

El fallecido Ben R.S. Cullen reclama en su capítulo haber indicado el potencial de los artefactos para ser analizados a la luz de la Teoría del Virus Cultural. Además comenta sus expectativas con respecto a la generación de ciertos patrones de transmisión cultural. Pero es muy poco lo que hace Cullen para mostrar la utilidad de su acercamiento, salvo sugerir que el comercio es el ámbito de aplicación más práctico. Si recordamos los problemas con que se encuentran los arqueólogos meramente para llegar a discutir esa categoría, tendremos una medida de la utilidad de este enfoque.

El capítulo de Roland Fletcher trata sobre las formas de transmisión cultural y está más o menos al servicio del enfoque que defiende Cullen. Le interesa el concepto de múltiples canales de transmisión, y considera escalas a corto y a largo plazo, reconociendo sus diferencias. Su ejemplo, centrado en asentamientos de artesanos durante el llamado Reino Nuevo en Egipto, en realidad funciona en una escala etnográfica. Faltan elementos claros acerca de dos cosas: (1) hasta que punto su explicación de lo que ocurrió es verdadera, y (2) aunque lo fuera, cómo se lo podría aplicar a un registro arqueológico en el que se desconocen parámetros básicos, como ocurría con el caso planteado por Cullen.

Siguen cuatro capítulos acerca de modelos sobre el rol de individuos y de herencia dual. H.D.G. Maschner y John Q. Patton usan la selección de parientes para tratar de entender los orígenes de la desigualdad social hereditaria. El principal punto es, sobre base etnográfica, que los grupos corporados suelen implicar grupos de parientes. Por otra parte los desequilibrios ocurren cuando alguien busca poder, y la vía más económica para que esto ocurra es controlando parientes. Entonces, tratando de entender la evolución de la desigualdad por ese lado, sugieren una búsqueda arqueológica, a través del tamaño de las casas, tratando de identificar grupos corporados dentro de aldeas a través del tiempo. Es un análisis con algunas implicaciones arqueológicas, aunque éstas no están muy claramente recortadas.

El tema del estilo es central en los dos capítulos siguientes. En el primero Kenneth M. Ames, usando un modelo de coevolución (en el sentido de Durham [1991]), presenta una interesante discusión de las ideas de Dunnell sobre estilo. Luego inicia el análisis de la evolución de estilos artísticos en la costa noroccidental de Norte América.

mostrando algunos patrones espaciales y temporales de interés. Pero no termina de desarrollar el caso, quedando la impresión de que básicamente ha buscado el tipo de selección (estabilizadora, catastrófica, etc.) que acomoda mejor a los patrones exhibidos. Habrá que esperar la ya anunciada publicación definitiva de su estudio.

Por su parte Robert L. Bettinger, Robert Boyd y Peter J. Richerson discuten mucho acerca de lo que un estilo puede ser y representar, y aquí nuevamente es criticado Dunnell, rechazando su dicotomía "estilo-función". Pero hay pocas novedades acerca de como dirigir una investigación arqueológica sobre el tema.

Es difícil decidir sobre que trata el capítulo de Paul Graves-Brown, más allá de algunas ideas sobre selección natural y cultural. A pesar de ello contiene una interesante desacreditación de los modelos de cambio cultural por prueba y error, por constituir un camino de aprendizaje excesivamente costoso.

Siguen dos capítulos sobre el rol de las capacidades cognitivas y la evolución de las adaptaciones mentales. Estos constituyen lo mejor del libro. Su virtud reside, a pesar de las dificultades del tema, en su claro intento de considerar el registro arqueológico.

James Steele busca discutir propiedades del 'ambiente social normal' (A.S.N.) de homínidos, utilizando información arqueológica sobre el tamaño de asentamientos, y además infiriendo tamaño de grupos. Para esto último es esencial una discusión acerca de hasta que punto el tamaño del neocortex se relaciona con el A.S.N. Arguye que el modelo principal de A.S.N. ha sido el de Isaac fundado en la familia nuclear y el abastecimiento de un lugar central, y que para entender la evolución de los sistemas sociales de los homínidos tiene mayor importancia el tamaño del grupo que el tipo de unidad que los nuclea.

Por su parte S. Mithen trata sobre el origen del arte y sugiere que la transición Paleolítico Medio-Paleolítico Superior marca un incremento importante en el grado de interconexión entre módulos mentales, ya presentes. Mediante una serie de pasos metodológicos, Mithen muestra como es posible encauzar una discusión arqueológica de esto, principalmente a través de la inmensa estabilidad de las adaptaciones implícitas con anterioridad a la transición, lo que le muestra una forma poco afinada de interactuar con los ambientes. En oposición ve a la unidad que llaman Paleolítico Superior como el resultado de adaptaciones de grano fino a una variedad de circunstancias. Esto es, para Mithen, resultado del incremento en la interconexión entre módulos mentales.

Finalmente hay un capítulo de discusión integrativa a cargo de R.L. Bettinger y P.J. Richerson. Además de defender la necesidad de una metodología darwinista, subrayan la eterna lucha en que parecen inmersas las distintas facciones evolucionistas, de las que el libro es testimonio, y aconsejan fomentar un frente un poco más unido.

En este libro hay demasiadas discusiones sobre orígenes (del arte, del paleolítico superior, del modo corporado, etc.), y muy poco sobre la evolución de poblaciones, independientemente de si han atravesado un rubicon o no. En eso hay, de alguna manera, un fuerte elemento esencialista. Esto también se refleja en el problema de la operativización, que no es exclusivo de este libro. Por ejemplo, a pesar de que los seleccionistas han criticado intensamente el uso de unidades discretas (pensamiento esencialista), defendiendo el pensamiento poblacional, siguen atados a un esquema de unidades histórico-culturales clasificatorias (ver trabajos en O'Brien 1996). Como reflejo de esto, el tema de las tácticas de selección, recuperación y análisis de material arqueológico prácticamente no figura en este u otros textos recientes.

Por el lado positivo destaquemos que este volumen muestra el pluralismo de ideas que rodea a las aplicaciones de la teoría darwiniana. Pero hay que recordar que la revisión es incompleta. Faltan dos campos: (1) la ecología evolutiva, y (2) los análisis que utilizan huesos humanos, los más indiscutidos marcadores de evolución. Estos últimos sólo aparecen en la discusión de Steele sobre el neocortex.

La sensación que deja este libro es que hace falta un poco menos de propaganda y un poco más de acción. No solo se debe mostrar que los acercamientos evolucionistas sirven para trabajar, sino que hay que preocuparse por aclarar que no es una herramienta metodológica que se utiliza solamente para casos especiales, como la aparición del estado, de los cultígenos o de la humanidad.

LUIS ALBERTO BORRERO

## BIBLIOGRAFÍA

DURHAM, W. H.

1991 *Coevolution: Genes, Culture, and Human Diversity*. Stanford University Press, Stanford.

O'BRIEN, M. (Ed.)

1996 *Evolutionary Archaeology*. University of Utah Press, Salt Lake City.

PARRY, W. J. y R. L. KELLY

1987 Expedient core technology and sedentism. *The Organization of Core Technology*. (Eds. J.K. Johnson y C.A. Morrow), pp. 285-304, Westview Press, Boulder.